

Prof. PIO EDUARDO SANMIGUEL A.
 Psicólogo - Psicoanalista
 Universidad Nacional de Colombia

LACAN LEE A PIAGET

"Releí ampliamente a alguien con quien todos saben que no tengo propensiones afines a pesar de la gran estima y el respeto que merece su obra, además del indiscutible encanto que él mismo irradia, me refiero al señor Piaget, con lo cual no busco desaconsejar a quienquiera su lectura!"

J. Lacan

E siguiente artículo no tiene otro objetivo que el de dar a conocer algunos de los apartes en que el psicoanalista J. Lacan hace referencia a la obra del psicólogo J. Piaget y muestra la divergencia de su posición en torno al asunto del sujeto, tal como le parece desprenderse de un estructuralismo bien entendido, a saber, el que supone resultar tanto de la experiencia del psicoanálisis que él mismo reconstruye como desde la obra de Claude Lévi-Strauss, estructuralista a pesar suyo, pero que Lacan recupera a su haber tanto por la manera como plantea la relación entre el sujeto y el saber, como por la ausencia de hipótesis del desarrollo, y por tanto de sus insuficiencias; es decir, la *ilusión arcaica* por él mismo denunciada según la cual el niño, o el primitivo en este caso, "desempeñará el papel de subdesarrollado, lo cual enmascarará la verdad de lo que sucede, durante la infancia, de original."¹

1. En la elaboración de este texto se consultaron cuatro textos: *La Ciencia y la Verdad; Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "psicoanálisis y estructura de la personalidad"; El deseo y su interpretación: seminario de 1958-1959* (lección del 21 de enero de 1959); *La Identificación: seminario de 1961-1962* (lección del 7 de Marzo de 1962). Los dos primeros fueron publicados en *Escritos 1* y *Escritos 2* respectivamente, Ed. Siglo XXI, 1981 y 1976. Los seminarios nunca han sido publicados, aunque circulan fotocopias de desgrabaciones emprendidas por personas o grupos, así como publicaciones de circulación interna y *hors commerce*, tanto en francés como en español. La traducción y el establecimiento de los apartes aquí citados son responsabilidad del autor de estas líneas, en lo que concierne a los dos últimos textos. En adelante, y para no fatigar al lector con llamados, se establece que todas las citas de este artículo son de Lacan y fueron extraídas de alguno de los textos arriba referenciados. Dichas citas van en color.

El 7 de marzo de 1962, J. Lacan dio comienzo a la decimosegunda lección de su seminario sobre la identificación desarrollando, a manera de paréntesis, la idea siguiente: *el sujeto cuenta, y al contar se equivoca, lo cual tendrá implicaciones sobre el pensamiento*. Todo esto, en el marco de la pregunta que él mismo explicitará en palabras de un interlocutor, al final de esa reunión, así: "al articular así la cosa, ¿desea usted manifestar algo diferente a una pura y simple simbolización remplaceable por cualquier otra cosa, o algo que estaría unido más radicalmente a la esencia misma del sujeto?", momento de su articulación en torno al Rasgo Unario por medio de la forma topológica del Toro.

Dejaremos de lado esta última preocupación de Lacan, solamente referida acá para subrayar que su pregunta concierne al sujeto plenamente, para concentrarnos sobre esa primera idea, que lo llevará a ocuparse de Jean Piaget, como el psicólogo que ha reflexionado sobre la función del número en el niño y su momento de aparición. Dice allí que filósofos y también psicoanalistas queremos alcanzar siempre lo absoluto, llámeselo lo real; pero que —y no es él quien lo ha subrayado, sino *eminentes pensadores*— "la vía de la rectificación de los medios del saber, podría alejarnos de lo que se intenta alcanzar". ¿A qué se refiere, si no a que cuando se apunta a lo absoluto, siempre se lo trata de alcanzar considerando que lo absoluto, lo real, es "independiente de todas nuestras amarras"? Recordemos aquí la excelente crítica que le hace Canguilhem a la psicología: la física le formula una pregunta por el sujeto: "¿cuál es ese duende que hace fracasar los experimentos?". La psicología yerra este sujeto al subsumir sus métodos a los de la física misma, creyendo no ser escuchada si así no lo hiciera, con lo cual, al errar su objeto repetidamente, se condena al desprecio y a la servidumbre de los que en adelante serán sus amos, no hallando en adelante más que "[...] los medios de sobrevivir en los servicios que ofrece a la tecnocracia".

En "La Ciencia y la Verdad", Lacan señalará más tarde a La Ciencia justamente como portaestandarte de este sentido de lo absoluto —y de manera doble, porque ella misma tendrá el sentido de absoluto—correlativa de una nueva posición del sujeto: la de un sujeto sujeto al saber. Pero el problema no es aquí el de definir al sujeto en este sentido de *puerta estrecha* que subraya La Ciencia, sino cuestionar la posición de aquel que quiere aproximarse a lo real omitiendo en ella la injerencia del sujeto.

Ahora bien, para demostrar justamente qué tan importante revela ser el sujeto cuando se trata de lo real, Lacan emplea una figura en el tablero con apariencia de cubo. No es un cubo. Sólo lo es en apariencia, lo cual queda demostrado a partir del momento en que se afirma que es una ilusión óptica; sin embargo, esta figura hace surgir una realidad: la de "cubo". Es, no obstante, un error; error que es sólo adjudicable al sujeto. Ahora bien: tomemos el caso de una mujer: si nos aproximamos a ella considerando su carácter de ilusión óptica, es decir, si profundizamos en ella científicamente, obtendremos una serie de definiciones de ella que "evidentemente no estarán muy de acuerdo con el mundo de sentimientos que se le asocian a dicho objeto". Pero si aceptamos introducir en ello al sujeto, entendido aquí como sujeto del error, aparecerá un objeto efecto del deseo de ese sujeto: "esa especie de ídolo, de adoración que puede prosternarnos [...] y que tiene más que ver con la realidad de la mujer que cualquier elucidación de la llamada atracción sexual, porque dicha elucidación plantea en principio que se trata de poner en cuestión su señuelo, cuando ese señuelo es su realidad misma."

¿Qué significa esto para Lacan? Que "[...] si el sujeto se equivoca, bien puede tener razón desde el punto de vista de lo absoluto", pero también y sobre todo, que el sujeto cuenta; el sujeto cuenta en toda aproximación que queramos hacer a lo real, a lo absoluto: "si la palabra error tiene un sentido para el sujeto, sólo puede tratarse de un error a su cuenta." De esta manera, nos hallamos por fin *ad portas* de la referencia a Piaget, que retomamos justamente donde el epígrafe finaliza:

"Releí entonces *La genèse du nombre chez l'enfant*². Confunde que pueda creerse detectar el momento en que aparece en un sujeto la función del número planteándole preguntas que, de cierta forma, implican una respuesta, aún cuando tales preguntas se formulan por intermedio de un material que tal vez se supone que excluye el carácter orientado de la pregunta. Sólo una cosa puede decirse: que, antes bien, en esta forma de proceder se trata en últimas de un señuelo. Lo que parece desconocer el niño, no es nada seguro que no dependa en absoluto de las condiciones mismas de la experiencia, pero la fuerza de ese terreno es tal que no puede decirse que no haya mucho que aprender, no tanto en lo poco que al final se recoge de los supuestos estadios

de la adquisición del número en el niño, sino de las profundas reflexiones del señor Piaget, me-

2. Piaget & Szeminska, *La genèse du nombre chez l'enfant*, Neuchâtel & Paris, 1940.

lor lógico que psicólogo, ciertamente, que conciernen a las relaciones de la psicología y de la lógica. Particularmente, esto es lo que hace tan instructiva su obra *Classes, relations et nombres*³ –imposible de encontrar, desafortunadamente–, porque allí se le da valor a las relaciones estructurales lógicas entre clase, relación y números, a saber, todo lo que se pretende, luego o de antemano, encontrar en el niño que, manifiestamente, ya ha sido construido a priori. Y con toda razón la experiencia sólo nos muestra allí lo que se ha organizado para hallarlo primero”.

La reflexión que adelanta de esta manera, le permite a Lacan demostrar hasta qué punto “cuenta el sujeto, mucho antes de aplicar sus talentos a una serie cualquiera, aunque por supuesto, constituer series sea en efecto una de sus primeras operaciones concretas, psicológicas”. Es decir, que ya antes del experimento, porque lo ha construido según coordenadas que son las coordenadas lógicas de su interrogatorio, y porque este último se consolida como carnada para que caiga, el sujeto cuenta. Pero hay también aquí otra manera como el sujeto cuenta: el sujeto es aquí el sujeto de la ciencia, es decir, sujeto al saber. Es en este doble sentido que puede Lacan colegir en Piaget un mejor lógico que psicólogo, porque descubre hasta qué punto el hombre de ciencia da cuenta en su construcción, y a pesar suyo, de un sujeto que no puede ser reducido al niño, sino que se constituye en la lógica misma de un sujeto calculable.

Y este sujeto, si no se cuenta con él de esta manera anticipada, ¿cómo podría dar lugar a un desarrollo? La conformación de etapas del desarrollo, inapelable ciertamente, será sin embargo siempre posterior, siempre segunda. Si Piaget en realidad no contempla ese sujeto más que como resto biológico y no como producto de la cultura, es porque no hace



cuenta de la estructura que introduce la lógica misma de su proceder, que arrancaría al niño del estado de constructo biológico que se despliega, para hacerlo depender entonces de esa relación establecida, con él mismo en este caso, que opera como un otro que lo incita a responder a su demanda de saber. Y no se trata de decir que este sea un yerro experimental, una variable no controlada si se quieren utilizar otros lenguajes, sino de subrayar hasta qué punto es constituyente del sujeto: hasta tal punto que, si Piaget la tuviese en cuenta, su teoría no sería la que es, sino –¿por qué no?– la serie freudiana de lo oral, anal, fálico..., en donde Lacan recalca, no

una predeterminación tal vez biológico-instintual, sino los caminos consecutivos por los que el Otro va significando al sujeto con su demanda y la manera entonces como se constituye un sujeto, a esa demanda.

Tal vez sea así como haya que entender que en 1965 Lacan haya sido más inclemente en su comentario: “[...] no nos aporta, nada sobre el niño, poco sobre su desarrollo, puesto que falta lo esencial, y de la lógica que demuestra, quiero decir el niño de Piaget [...] el lógico, no lo niego, ocasionalmente conserva su precio”. Y es que en efecto, lo que se obtiene del proceder piagetiano es un sujeto: el sujeto cognoscente, correlativo aquí de una demanda de saber: la del hombre de ciencia.

Agreguemos a las anteriores, tres críticas más que pueden derivarse de lo ya dicho: a la *psicologización del sujeto*, es decir, a ese ideal arcaico denunciado por Lévy-Strauss y que conduce a que, una vez encarnado en el niño o aún en el hombre, empiece la errancia de la teoría. Recordemos que esta es la vía por la cual Lacan se permite elevar una crítica al epíteto de *Ciencias del Hombre* y proponer la de *Ciencias de la Conjetura*. Y es también la manera de no olvidar a la psicología, esto es, no permitir que

3. Piaget J., *Classes, Relations et Nombres: essai sur les groupements de la logistique et sur la réversibilité de la pensée*. Paris: Vrin, 1942. No hay traducción al español.

se olvide una profunda crítica a la psicología: que al reducir el sujeto al hombre confunde hombre de ciencia y sujeto de la ciencia. “[Esta] ilusión arcaica es inevitable en el psicoanálisis si no se mantiene uno firme en teoría sobre el principio que hemos anunciado hace un momento: que en él un solo sujeto es recibido como tal, el que puede hacerlo científico”.

Esto nos deja ante la segunda crítica: la línea que divide al sujeto del saber. “[...] el señor Piaget nos habitúa a interrogar en la conciencia personal a la génesis del mundo común, hasta el punto de incluir a las categorías del pensamiento científico”, lo cual nos libra un sujeto dotado de una relación con el saber y por ende con el objeto, no muy concordante con el que funda la ciencia cartesiana. Es decir, un sujeto que no presentaría ninguna división, ninguna rajadura entre el saber y la verdad. ¿Cuál es la línea de división?, es toda la cuestión, porque al igual que Jung, que “intenta restaurar un sujeto dotado de profundidades, lo cual quiere decir un sujeto compuesto de una relación [arquetípica] con el saber”, Piaget construye un sujeto también provisto de profundidades, en el sentido en que al interrogarlo dará cuenta de un saber, que si fracasa no será por la distancia insalvable que en algún punto de esa relación con el Otro lo separa a él del objeto de conocimiento, sino por condiciones que podríamos llamar *naturales* en el sentido en que se suponen no depender en nada de la transferencia implicada en esa relación introducida por el Otro del discurso. Entonces, esa línea divisoria entre sujeto y saber está del lado de la biología. He aquí entonces al sujeto cognoscente, dotado de una relación con el objeto del conocimiento.

En tercer lugar, podemos extraer de lo dicho una sospecha que recae sobre el objeto, ya no solamente sobre el objeto del niño de Piaget, sino sobre el objeto tal cual es construido por la psicología en general: se trata de atreverse a pensar que el objeto que las ciencias del hombre han cernido como perteneciente a ese hombre, como correspondiéndole, no sea ni haya sido nunca suyo, sino el objeto que un cierto discurso le hace corresponder, le adjudica, pero que hacen aparecer como *su* objeto, al ignorar que es en realidad el resultado de ese lazo discursivo establecido entre el Otro y el sujeto, que aquí ya examinamos. Los efectos son devastadores: para el sujeto, la alienación en busca de un objeto que sería el suyo, por los medios que la ciencia y la técnica ponen a su disposición. Para las ciencias, el extravío absoluto y la ceguera con que emprenden una cruzada en la que comprometen a ese hombre por vías cuyas implicaciones políticas saltan a la vista. También el

psicoanálisis enarboló en algún momento de su extravío un presumible objeto genital, representante de una supuesta maduración que por fin devolvería al hombre una sexualidad llamada objetal. “Es allí sin embargo donde debe tomarse un deslinde a falta del cual todo se mezcla y empieza una deshonestidad que en otros sitios llaman objetiva: pero es falta de audacia y a falta de haber detectado el objeto que se raja”.

“La Ciencia y la Verdad” se ocupa justamente de este problema: la ciencia moderna supone un sujeto compuesto de una relación con el saber, pero esa relación, definida por el *cogito*, es puntual y evanescente. Si descubrimos que el psicoanálisis es correlativo de la formulación cartesiana de la ciencia, es porque su sujeto no es diferente de aquel que la funda; no obstante, no por ello el psicoanálisis pliega su experiencia a la idea de un puro sujeto sujeto al saber, sino que descubre la división constituyente que lo funda: división entre el saber y la verdad (lo cual se denota con un \$). Por otra parte, esta división, consecutiva de la operación que inscribe al sujeto en el campo del Otro, introduce una pérdida que está del lado del objeto (identificado en la teoría con una *a*). Con ello, las relaciones entre el sujeto así dividido (\$) y el objeto faltante (*a*) se desplegarán: es lo que se inscribe como \$*a*, el fantasma. ¿Cómo desarrolla Lacan esta inmersión del sujeto en el orden significante, en contrapunto con Piaget?:

“Voy a llamar su atención sobre algo que concierne a la psicología del niño, la llamada psicología genética. Se intenta hacer con él –con ese niño al que se quiere comprender– esa psicología llamada genética, y que consiste en preguntarse cómo el niño que es tan tonto comienza a adquirir sus ideas. Y entonces se preguntan cómo procede el niño. Su mundo sería primitivamente autoerótico, los objetos sólo llegarían más tarde. Espero, por gracia de Dios, que todos tengan, si no la experiencia directa del niño, al menos suficientes pacientes que puedan contarles la historia de sus hijos pequeños, para que vean que no hay nada más interesado en los objetos, en los reflejos de los objetos, que un niño muy pequeño. Dejemos esto de lado.

Se trata por ahora de percibir cómo entra en juego en él la operación del significante. Digo que podemos ver en el niño, en la fuente, en el origen de su captura del mundo que se le ofrece, y que es ante todo un mundo de lenguaje, un mundo donde la gente le habla –lo que es, evidentemente, un afrontamiento bastante asombroso–, cómo va a entrar en ese mundo.

Ya aludí a que la gente puede destacar esto, a condición de tener simplemente la oreja atenta, y

de no dar forzosamente por confirmadas las ideas preconcebidas con las que aborda al niño. Un amigo me hacía observar recientemente que cuando él mismo decidió ocuparse de su hijo, al que consagraba mucho tiempo, jamás le había hablado del perro más que como "el perro". Y no había dejado de quedar un poco sorprendido por el hecho de que el niño, que había ubicado perfectamente lo que era nombrado por la nominación primitiva del adulto, se dio en llamarlo "guau guau". Otras personas, que pueden hablarme al respecto de una manera, no diría directamente esclarecida por los planos de búsqueda que les doy, sino simplemente por el hecho de mi enseñanza, me han hecho destacar esta otra cosa: que el niño no sólo limita ese "guau guau" -seleccionado en el perro primitivamente entre todos sus caracteres- a la designación del perro. Y cómo sorprenderse de ello, ya que el niño no va a comenzar a cualificar ya a su perro, sino que, antes de tener el manejo de cualquier tipo de atributo, comienza por hacer entrar en juego lo que él puede decir al respecto, a saber, aquello con lo cual el animal se presenta como productor, él mismo, de un signo, que no es un significante. Pero noten que aquí es por la vía, y gracias a que lo que se manifiesta -la presencia precisamente de un animal-, le presenta algo que está lo bastante aislado para abastecer el material del significante, algo que es ya emisión laríngea, que el niño toma ese elemento como ¿qué?: como algo que, puesto que eso reemplaza "el perro", lo cual ya comprendió y entendió perfectamente al punto de poder dirigir su mirada tanto hacia el perro cuando se nombra tal perro, como hacia una imagen de ese perro cuando se dice "perro", y lo reemplaza por "guau guau", y esto es: hacer la primer metáfora. Es en lo que veremos iniciarse, de la manera más conforme a la verdadera génesis del lenguaje, la operación predicativa.

Se ha subrayado que en las formas primitivas del lenguaje, lo que tiene función de adjetivo son metáforas. Esto es confirmado aquí en el sujeto, salvo en el hecho de que no nos encontramos aquí ante alguna misteriosa operación primitiva del espíritu, sino ante una necesidad estructural del lenguaje que quiere que, para que algo se engendre en el orden del significado, es necesario que haya sustitución de un significante a otro significante.

Ustedes me dirán: "¿justed qué sabe!?", quiero decir, ¿por qué afirma que lo esencial es la sustitución de "perro" por "guau guau"?

Primero, les diría que es de observación corriente, y me fue relatada no hace mucho, que a partir del momento en que el niño sepa llamar "guau guau"

a un perro, llamará "guau guau" a un montón de cosas que no tienen nada que ver con un perro, mostrando de esa manera que de lo que se trata es efectivamente de la transformación del signo en significativo que se pone a prueba con todo tipo de sustituciones en relación con lo que, en ese momento, ya carece de importancia, ya sean otros significantes o unidades de lo real, pues de lo que se trata es de someter a prueba el poder del significante.

Esto llega hasta ese punto decisivo en que el niño declara [...] con la mayor autoridad e insistencia: "el perro hace miau" o "el gato hace guau guau". Punto absolutamente decisivo ya que es en ese momento cuando la primitiva metáfora, constituida pura y simplemente por la sustitución significativa, por el ejercicio de la sustitución significativa, engendra la categoría de la calificación.

Entiéndanme bien, si quieren podemos, llegado el caso, formalizarlo, y decir que el paso, el progreso que se cumple consiste en que, primero, se establece una cadena monolineal que dice: "el perro" = "guau guau"; que de lo que se trata, y que está bien demostrado de la forma más evidente en el hecho de que el niño superpone, combina una cadena con la otra, es que él ha logrado hacer cruzarse en relación a la cadena "el perro hace guau guau", la cadena "el gato hace miau"; que sustituyendo el "miau" al "guau guau", va a hacer entrar en juego la posibilidad de cruzamiento de una cadena con otra, es decir, una redivisión de cada una de las cadenas en dos partes: lo que provisoriamente quedará fijo y lo que, no menos provisoriamente, será móvil, es decir, de algo que quedará de una cadena alrededor de lo cual girará lo que puede intercambiarse.

$$\begin{array}{ccc} S' & \bullet & S \\ \hline S & \bullet & S' \end{array}$$

En otro términos, es sólo a partir del momento en que se ha asociado el S' del gato en tanto significado por ese signo, con el S, el "guau guau", significante del perro, y que esto supone que debajo -y para empezar, no hay debajo- el niño liga las dos líneas, a saber, que el significado del "guau guau", el perro, hace S', el "miau", significante del gato; sólo a partir del momento en que este ejercicio ha sido realizado -y la importancia que el niño da a este ejercicio es bien evidente y queda demostrada por el hecho de que si los padres cometen la torpeza de intervenir, de corregirlo, de reprenderlo o reñirle por decir semejantes tonterías, el niño tendrá reacciones emocionales muy vivas (llora, en últimas...) porque sabe muy bien lo que está haciendo, contrariamente a los adultos que creen que se hace el tonto-; es únicamente a partir de ese momento, y según la formulación

que di de la metáfora, que consiste esencialmente en esto: algo a nivel de la línea superior se ha desplazado, se ha elidido en relación a algo que en la línea inferior, del significado, también se ha desplazado. En otros términos, es porque, desde el punto de vista del grafo, a partir del momento en que ese juego ha sido introducido (el "guau guau" puede ser elidido, y viene en el fondo de la enunciación concerniente al perro), esta enunciación deviene propiamente enunciación significante, y no una simple conexión imitativa en relación a la realidad. Da lo mismo que el perro sea indicado o nombrado. Pero, literalmente, el hecho de que cuando el calificativo, la atribución de una cualidad del perro le es dada, eso no está sobre la misma línea, sino sobre la de la cualidad en tanto tal: están los que hacen "guau guau", están los que hacen "miau", y todos los que harán otros ruidos quedan aquí implicados en verticalidad, en altura, para que comience a nacer de la metáfora, la dimensión del adjetivo.

Ustedes saben que estas cosas no se empezaron a conocer ayer! Darwin ya se le había dedicado; sólo que, por falta del aparato lingüístico las cosas permanecieron muy problemáticas para él. Pero es un fenómeno tan general, tan esencial, tan funcionalmente dominante en el desarrollo del niño, que aún Darwin, inclinado más hacia las explicaciones naturalistas, no dejó de verse sorprendido por esto: no dejaba de ser bien curioso que un niño de una astucia ya destacable que le permitía aislar el "cuac" del pato (así es como se fonematiza en el texto de Darwin el grito del pato que retoma el niño), remitiese ese "cuac" a toda una serie de objetos cuya homogeneidad genérica quedará suficientemente destacada por el hecho de que, si bien recuerdo, había entre esos objetos vino y una moneda [sou]. No se bien qué designa ese término sou, si un penny u otra cosa. No verifiqué qué quería decir en tiempos de Darwin, pero era una moneda, ya que Darwin, emproblemaado, no deja de destacar que esa moneda estaba marcada, en el sello, por un águila. Podría parecer la explicación que unificaría la relación del "cuac" con la especie volátil en general, so pretexto de que

una imagen tan ambigua como la de un águila con las alas desplegadas en una moneda, pudiera ser algo que pudiésemos considerar como algo que debe ser homogeneizado por un niño a su percepción del pato. Evidentemente la del vino, del líquido, sería aún problemática. Tal vez podamos pensar que hay alguna relación entre el vino y algo que sería, digamos, elemento líquido, por cuanto el pato chapotea en él.

Vemos, en todo caso, que de lo que se trata está, una vez más, mucho más designado como marcado por la extensión del elemento significante como tal; que aquí, admitámoslo, está en contigüidad de la percepción si queremos admitir en efecto que se trata de la calidad líquida cuando el niño le aplica el "cuac" del pato. En todo caso, ven bien que es en el registro de la cadena significante que podemos aprehender lo que se funda, en el niño, de fundamental en su aprehensión del mundo como estructurado por la palabra.

Tampoco es que él busque el sentido o la esencia de los pájaros, del fluido o de las monedas... Es que literalmente los encuentra por el ejercicio del *non-sens*. Ya que al fin de cuentas, si tenemos tiempo nos plantearemos preguntas sobre lo que técnicamente es el *non-sens*, quiero decir, en lengua inglesa el *nonsense*. Es precisamente un género. La lengua inglesa tiene dos ejemplos eminentes de *nonsense*: Edmond Lear⁴, autor de los *nonsenses* que definió como tales, y Lewis Carroll de quien pienso que conocen al menos "*Las aventuras de Alicia en el país de las Maravillas*"⁵.

Debo decir que si tuviera que aconsejar algún libro introductorio a lo que debe ser un psiquiatra o un psicoanalista de niños, más que no importa cuál de los libros del señor Piaget les aconsejaría empezar por leer *Alicia en el país de las Maravillas*, ya que captaría efectivamente, y tengo las mejores razones para pensarlo, dado todo lo que se sabe de Lewis Carroll, que es algo que reposa sobre la profunda experiencia de los retruécanos del niño, y que efectivamente nos muestra el valor, la incidencia, la dimensión del juego del *nonsense* como tal" Ψ

4. Lear E., *Book of Nonsense* (1846), *Poème sans sens*, (trad. H. Parisot), Paris, 1968, Aubier-Flammarion.

5. Lewis Carroll, *Alice's Adventures in Wonderland* (1865), *Les Aventures d'Alice au pays des merveilles* (trad. H. Parisot), Paris, 1970, Aubier-Flammarion. *Alicia en el País de las Maravillas* (Trad. Jaime de Ojeda). Madrid: Alianza, 1981.